

Un libro esencial sobre Sófocles

Marcos MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

JACQUES JOUANNA, *Sophocle*, París, Fayard, 2007, 906 págs.

Jacques Jouanna (1935) es, sin lugar a dudas, uno de los mejores helenistas franceses y del mundo, como lo demuestran sus innumerables obras, especialmente en relación con Hipócrates y el *Corpus Hipocraticum*, del que es indudablemente el mayor especialista vivo. Está en posesión de la Orden de Caballero de la Legión de Honor y Caballero de las Artes y las Letras, dos de las máximas condecoraciones francesas. La obra que nos disponemos a comentar es el estudio general más completo y exhaustivo que se haya escrito hasta ahora sobre Sófocles. Libros monográficos sobre el autor ateniense los hay muy buenos, desde el de G. Perrotta (1935) hasta el de J. Lasso de la Vega (2003), pasando por el de H. Weinstock (1948), C. H. Whitmann (19519), I. Errandonea (1958), A. Maddalena (1963), G. Germain (1969), M. Untersteiner (1974), R. P. Winnington-Ingram (1980), M. di Benedetto (1983) y K. Reinhardt (1991; original de 1932), pero ninguno supera al que nos proponemos comentar aquí.

Ya la cita que el autor hace de Jean Cocteau en la p. 7 («Por qué me ocupo de Sófocles. Porque existen cosas nuevas muy viejas y cosas viejas todas nuevas») nos parece muy indicativa de lo que él mismo se propone en esta extensa (906 páginas) y excelente monografía. El libro se estructura en dos grandes partes (la primera de la pág. 9 a la 125 y la segunda de la 126 a la 517), a las que le siguen un capítulo titulado «Deus ex machina: el tiempo y la naturaleza», (págs. 519-536), cinco anexos (págs. 537-688), una Orientación bibliográfica (págs. 689-740), las notas correspondientes (págs. 741-876), un Léxico e Índice de pasajes citados (págs. 897-900), para terminar con la Tabla de materias (págs. 901-906).

La *primera parte* se abre con un preludio (p. 11-12) y se estructura, a su vez, en cinco grandes capítulos. El preludio, que se titula «Una instantánea sobre Sófocles», refiere y comenta la anécdota que cuenta Ateneo en su *Banquete de los sabios* (XIII, 603f-604d) correspondiente al año 441-440 a. C. sobre la estancia de Sófocles en la isla de Quíos y su astucia desplegada en un banquete para conseguir, con palabras y hechos, llevar a buen puerto su estrategia amorosa y poder de seducción. La anécdota se la debemos al poeta Ión de Quíos, gran amigo de nuestro dramaturgo. El capítulo primero (págs. 13-22) lo titula su autor «El joven Sófocles» y tiene como contenido todo lo referente a su nacimiento en Colono de los Caballos, una pequeña aldea cerca de Atenas que era un pequeño paraíso, cantada por el dramaturgo en uno de sus coros de *Edipo en Colono* (versos 669-719), que poseía además un importante santuario a las Erinias. La vida de Sófocles transcurre entre el 497/6 y el 406/5. Era hijo de Sófilo y de una familia que no era ni tan aristocrática, como la de Pericles o Esquilo, ni tan modesta como la de Eurípides, pero con los suficientes medios como para darle a su hijo una

educación esmerada, especialmente en la gimnasia y la música, teniendo como maestro en esta disciplina al afamado Lampro, quien le enseñó el arte de tocar la lira y la danza, lo que le permitió a los quince años aparecer en público en una procesión hacia el 480 a. C. Este primer capítulo lo cierra Jouanna con una interesante, y poco conocida, poesía de Víctor Hugo, inserta en su *La leyenda de los siglos*, titulada «Canción de Sófocles a Salamina», en la que el gran poeta del Romanticismo alude al valor bélico demostrado por el joven Sófocles y al sentimiento del amor como única luz esperada de ese valor. El segundo capítulo, titulado «Sófocles, el hombre político» (págs. 23-72), se ocupa de toda la intensa labor política desarrollada por nuestro dramaturgo a lo largo de su vida. A diferencia de Esquilo y Eurípides, Sófocles no fue sólo un hombre de teatro, sino que también desempeñó importantísimos cargos públicos en los momentos más brillantes y críticos de su amada ciudad: triunfo en las guerras médicas, esplendor de Pericles, enfrentamiento civil con Esparta y consiguiente derrota en el 404 a. C. Entre esos cargos hay que recordar el de estratega (por dos veces, una en la época de Pericles y otra con Nicias), el de *helenótamo* (una especie de «tesorero» de los griegos) y el de *proboulos* (una especie de «comisario» al servicio del Estado en situación de peligro). Como estratega con Pericles participó en la expedición a la isla de Samos y se decía que su cargo se debía al éxito cosechado con su *Antígona*. El tercer capítulo se titula «Sófocles, hombre religioso» (págs. 73-90) y en él se abordan los aspectos religiosos que en nuestro dramaturgo son muy importantes. Ya en la *Vida* de nuestro autor, de la que hablaremos más adelante, se dice que Sófocles fue amado de los dioses como ninguno. Una de las labores religiosas más famosas del dramaturgo fue la introducción del culto al dios Asclepio, el dios de la medicina, en Atenas en los años cercanos al 420 a. C., al que le dedicó también un peán del que se conservan algunos versos, además de la constante presencia que tiene este dios en toda su obra. Importante también en su obra es el culto a Heracles como se refleja sobre todo al final del *Filoctetes* y en *Traquinias*. Todo ello tuvo como compensación que Sófocles, después de su muerte, fuera «heroizado», es decir, objeto de culto como un héroe. El cuarto capítulo de esta primera parte se dedica a la profesión teatral de nuestro autor y lleva por título «Sófocles y Dioniso: la carrera teatral» (págs. 91-109). La de Sófocles es la carrera teatral más larga del teatro griego: más de sesenta años de vida profesional, lo que se refleja seis siglos después, cuando Pausanias pudo contemplar todavía en el teatro de Atenas una estatua honorífica dedicada a nuestro poeta trágico. La brillante carrera sofoclea comienza en el 468 a. C. con una victoria en su primera presentación a un certamen teatral, tal como nos cuenta Plutarco en su *Vida de Cimón*. Comparada con Esquilo y Eurípides, la carrera teatral de Sófocles es apabullante. Esquilo obtuvo trece victorias y consiguió su primer premio a los cuarenta años. Quizás su mérito más destacado sería el hecho de que después de su muerte los atenienses autorizan a reponer alguna de sus obras, hecho que no volvió a ocurrir hasta después del 386 a. C. Sófocles obtuvo veinticuatro victorias, la primera a los treinta años, y dieciocho en las Grandes Dionisias. Consiguió el primer premio para noventa de sus obras, de un total de ciento veintitrés, siendo siempre, por lo menos, el segundo, y nunca sin conocer el fracaso total. En comparación con Eurípides, los datos son aún más brillantes. El tercer gran dramaturgo del teatro ateniense sólo obtuvo el primer premio en cuatro ocasiones, después de debutar en el 455 a. C. con su obra *Peliades* (perdida)

con la que consiguió el tercer puesto. Su carrera teatral transcurre a lo largo de cincuenta años, gran parte de los cuales coinciden con los de Sófocles, quien a la muerte de su rival presenta los coros de una de sus últimas obras vestidos de luto en señal de duelo y admiración por el oponente fallecido. Sófocles inició su carrera teatral, como hemos dicho, en el 468 a. C. presentándose a las Grandes Dionisias y obteniendo el primer premio y la termina póstumamente en el 401 a. C. con su *Edipo en Colono* representada por su nieto llamado también Sófocles. Las otras fechas importantes de su carrera son: entre el 467 y el 463 obtiene el segundo puesto en las Grandes Dionisias; fecha desconocida para *Ayante*; fecha desconocida para *Traquinias*; 447 Sófocles vence en las Grandes Dionisias; 442, *Antígona*; 438, Sófocles vencedor en las Grandes Dionisias delante de Eurípides, que presenta su *Alcestitis*; 431, Sófocles segundo en las Grandes Dionisias detrás de Euforión, el hijo de Esquilo y delante de Eurípides, que presenta su *Medea*; fecha desconocida, *Edipo Rey*, que es vencido por Filocles; 428, Sófocles no participa, gana Eurípides con su *Hipólito*, siendo segundo Iofonte, el hijo de Sófocles y el tercero Ión de Quíos; fecha desconocida, *Electra*; antes del 423, Sófocles solicita un coro y no lo obtiene; 409, Sófocles vence en las Grandes Dionisias con su *Filoctetes*; 406, Sófocles participa en las Grandes Dionisias y rinde un homenaje en el *Proagón* a Eurípides, muerto en Macedonia; entre el fin del 406 y principio del 405, muerte de Sófocles. En total escribe ciento veintitrés obras (según la *Suda*) o ciento treinta (según la *Vida*), de las que sólo se conservan siete completas. Hacia la mitad del siglo III a. C. un actor obtiene el primer premio de interpretación representando una tragedia de Sófocles. El quinto y último capítulo de esta primera parte lleva por título «Bienaventurado Sófocles» (págs. 111-125) y se ocupa de todo lo relacionado con su muerte y los últimos años de su vida. Se cuentan varias anécdotas sobre cómo murió nuestro autor, pero lo esencial es que estaba ya muerto antes de las Leneas del 405 a. C. y que murió en Atenas, al contrario de sus dos grandes compatriotas: Esquilo murió en Siracusa (Sicilia) y Eurípides en Pela (Macedonia). Dejó tras de sí todo un taller de teatro familiar. Su hijo Iofonte, de su esposa Nicóstrata, siguió su carrera, al igual que su nieto Sófocles (el que puso en escena su *Edipo en Colono*), hijo de su hijo bastardo Aristón, tenido con la hetera de Sición Teoris. Iofonte fue autor de más de cincuenta tragedias. Otro descendiente de nuestro dramaturgo aparece dos siglos más tarde, llamado también Sófocles, autor de unas quince tragedias, que además fue un relativo afamado poeta lírico.

La *segunda parte* lleva por título general «Sófocles el trágico» y consta de seis capítulos, precedidos por otro preludeo titulado «Un naufrago trágico» (págs. 129-130), donde se insiste en la exigua cifra de tragedias completas conservadas (*Ayante*, *Traquinias*, *Antígona*, *Edipo Rey*, *Electra*, *Filoctetes* y *Edipo en Colono*) de las ciento veintitrés o ciento treinta que compuso. Ocurre algo parecido con Esquilo: siete conservadas de noventa compuestas. El número siete se debe a selecciones escolares o universitarias del siglo II d. C. De Eurípides se seleccionaron diez, a pesar de tener menos éxito, pero se salvaron por casualidad otras nueve de una edición en orden alfabético. Como diremos más adelante, por los fragmentos sofocleos que conservamos conocemos otras ciento quince obras perdidas, que sumadas a las siete completas, suman unas ciento veintidós obras, lo que le acerca a la cifra ofrecida por la *Suda*. Además de tragedias y dramas satíricos, Sófocles escribió también *elegías*, *peanes*,

epigramas y un tratado en prosa sobre el Coro, en el que habla de la evolución de su estilo en tres fases: imitación de la ampulosidad de Esquilo, una composición personal áspera y rebuscada, para evolucionar a una forma de estilo que elige lo más apropiado para la pintura de los caracteres. El primer capítulo se titula «El imaginario mítico» (págs. 131-203) y aborda la importantísima cuestión del mito en las tragedias sofocleas. Todas las tragedias de este autor, sean las completas o las fragmentarias, se basan en una materia mítica, como era la regla, salvo algunas excepciones como *Los Persas* de Esquilo o *La toma de Mileto* de Frínico. Ahora bien, ¿qué hay que entender por materia mítica? En la época de Esquilo y Sófocles el mito no es necesariamente sinónimo de fábula o leyenda y opuesto a la historia y realidad. La oposición entre *mythos* como relato mítico y *lógos* como relato histórico no es tan nítida. El *mythos* como algo mítico y maravilloso vendrá posteriormente con Tucídides y Platón. En la tragedia, el mito es un relato que pertenece a los tiempos antiguos transmitido por la tradición, sea ésta escrita u oral. Aristóteles hablaba de que la mayoría de las tragedias giran en torno a un pequeño número de casas (Alcmeón, Edipo, Orestes, Meleagro, Tieste, Télefo...), mientras que en Sófocles hablamos por ciudades: mito tebano (*Edipo Rey*, *Antígona*), mito argivo (*Electra*), mito troyano (*Ayante*, *Filoctetes*), mito ático (*Edipo en Colono*) y mito de Traquis (*Traquinias*). En todo caso, las obras sofocleas giran en torno a las grandes guerras de los héroes, como son las tragedias anteriores a la guerra de Troya (mito de Heracles), tragedias de la guerra de Troya (*Ayante*, *Filoctetes*, etc.), tragedias de la guerra tebana (*Edipo*, etc.), tragedias posteriores a la guerra de Troya (*Electra*, etc.). Es importante señalar que en la materia mítica de la tragedia sofoclea hay siempre tradición e innovación, nunca es una creación original, siempre hay mezcla de tradición e innovación en grados diversos. Un ejemplo ilustrativo de ello es el análisis que Dion de Prusa hace de los tres *Filoctetes* conservados todavía en su época (el de Esquilo, Sófocles y Eurípides), en donde se puede apreciar muy bien las diferencias de uno y otro, con las grandes innovaciones en el caso de Sófocles. El segundo capítulo, titulado «Espacio y espectáculo» (págs. 205-274), tiene como contenido todo lo relativo al teatro de Dioniso en Atenas, a las representaciones teatrales y fiestas en honor de Dioniso (Leneas, Grandes Dionisias y Dionisias rurales), la composición del público que asistía a las representaciones, con la debatida cuestión de si asistían las mujeres (cuestión que todavía hoy sigue abierta), el papel del corego («conductor del Coro»), que precedía al reclutamiento de los miembros del mismo (Sófocles elevó el número de coreutas de doce a quince), el papel de los actores (Sófocles pasó de dos a tres actores) y su importancia en cada uno de los tres trágicos (para Sófocles fue famoso el actor Tlépolemo), el tema de los escenarios, con sus escenas ocultas o visibles (Sófocles hace morir a Ayante en un espacio visible, lo que supuso una de sus escenas más audaces), los espacios virtuales (es decir, los espacios que los espectadores no ven, pero que deben imaginar para la composición de la acción), para los cuales había una serie de aparatos que ayudaban a representarlos, como el *ecchylema*, la *mechané* o el *theologeion*. El tercer capítulo se refiere a las cuestiones del «Tiempo y acción» (págs. 275-333) que es el título del mismo. Aquí se tocan aspectos como el tiempo de representación y el tiempo de ficción, el uno exterior y el otro interior; la alternancia de palabra y canto y su relación con la acción: partes cantadas son el *párodos*, y los *stásima*; partes habladas son el *prólogo*, los *episodios* y el *éxodo*. Además contamos

con partes particulares como los *commoi* y escenas típicas como la escena del mensajero o la escena del *agón*. El capítulo cuatro lleva por título «Los personajes» (págs. 335-416) y en él se abordan cuestiones del tipo de cómo deberían ser los personajes, los personajes en su contexto, el mundo de los personajes más humildes (marinos de Ayante, los soldados de guardia en la *Antígona*), los pequeños personajes de *Traquinias* y *Edipo Rey*, los grandes personajes épicos tipo Ayante, Filoctetes, Neoptólemo, Ulises, los Atridas, héroes políticos del tipo de Creonte, que aparece en tres de las tragedias sofocleas (*Edipo Rey*, *Antígona* y *Edipo en Colono*), el caso de Heracles (que aparece en *Traquinias* y *Filoctetes*), etc. El quinto capítulo aborda el tema de «Los hombres y los dioses» (págs. 417-462) y sus relaciones entre sí. El papel de los dioses es muy importante en el teatro sofocleo: Atenea al principio del *Ayante*, *Heracles* al final del *Filoctetes*, las profecías de los adivinos (Tiresias en *Edipo Rey* y *Antígona*, Calcante en *Ayante*, Héleno en *Filoctetes*), el tema de los oráculos antiguos y nuevos, destructores y salvadores: ¿es justo el oráculo de Apolo aconsejando la venganza de Oreste en *Electra*? En Sófocles hay además mensajes venidos del Más Allá: es el caso del Sueño (en *Electra*) y las Erinias (en *Electra* y *Traquinias*). Interesante resulta también el conflicto entre los dioses de abajo y los dioses de arriba (la cuestión de enterrar o no a los muertos), así como el famoso himno del Coro a Dioniso en *Antígona*. Por último, la segunda parte se cierra con un sexto capítulo que lleva por título «Ver, oír y comprender» (págs. 463-517), en donde se abordan cuestiones como la mirada de los dioses que ven todo y la fe del hombre en la justicia divina; la mirada del dios y la mirada del espectador; la percepción de la ironía. Hay tres grandes etapas de la ironía trágica y sus consecuencias: ignorancia, toma de conciencia y efectos de esta toma. Entre las tomas de conciencia se analiza el suicidio de Deyanira (*Traquinias*) y Ayante (*Ayante*), la comparación entre Electra y Antígona y otras múltiples tomas de conciencia como la de Filoctetes.

El capítulo que lleva por título «*Deus ex machina*: el tiempo y la naturaleza» (págs. 519-536) se coloca entre el final de la segunda parte y el comienzo de los Anexos y en él se tocan aspectos tan interesantes como la idea de Tiempo (recuérdese el pensamiento de Ayante: «El Tiempo largo e incalculable hace aparecer lo invisible y oculta lo que es visible», v. 646-7) relacionado con la tradición de la obra de Sófocles, a prueba del tiempo, desde su muerte al Renacimiento. Aquí se abordan aspectos como la labor de Licurgo en pro del teatro, la divulgación de los tres trágicos a través de las conquistas de Alejandro Magno, la importantísima labor de Ptolomeo Filadelfo, el papel de Roma como capital del Helenismo (después de Atenas y Alejandría), la influencia de Sófocles y Eurípides en autores como Séneca, las selecciones de tragedias en el s. II d. C. y las consecuencias del paso del papiro al códice en los siglos III y IV d. C. La obra de Ateneo (s. II d. C.) cita a Sófocles por encima de los otros trágicos: treinta y seis obras perdidas y cuatro de las siete completas. En los siglos V y VI tiene lugar la selección de citas como los epítomes y *Antologías* (como la de Estobeo) o recopilaciones lexicográficas como la de Hesiquio. Estobeo cita 40 obras teatrales y Hesiquio el doble. Es a partir del s. VII cuando se produce el gran naufragio y a partir del s. X el número de tragedias conservadas se reduce a siete, que vuelven a reducirse a tres con las selecciones bizantinas y sus famosas triadas (por ejemplo, de Sófocles sólo *Ayante*, *Electra* y *Edipo Rey*), hasta llegar a agosto de 1502 cuando Aldo Manucio

imprime por primera vez en Venecia las siete tragedias conocidas completas de Sófocles. La historia de Sófocles desde el Renacimiento hasta nosotros es una historia que está aún por escribir. La historia de la influencia de Sófocles en la literatura occidental, siglo por siglo, país por país, sería objeto de otro libro, que en parte se ha hecho en cada país. Ahora bien, esa historia tendría que ser integral: abarcaría la labor de los filólogos, la de los directores de teatro y adaptadores de escena, la de los directores de cine, la de los pintores, escultores, músicos, etc. En definitiva, habría que decir que, por encima de las mutilaciones de su obra (por cambios sociales, religiosos, políticos, económicos, etc.), la naturaleza de Sófocles, que quería revivir todos los aspectos de la naturaleza humana a través de los grandes y los humildes, permanece, como permanece la naturaleza humana.

Como hemos dicho al principio, cinco son los Anexos que trae este libro, cada uno de ellos muy importante y sobre cuestiones fundamentales de la vida y obra de Sófocles. Así, el primero de ellos titulado «Presentación de las tragedias conservadas de Sófocles» (págs. 537-608) nos ofrece una minuciosa y exhaustiva descripción de cada una de las siete tragedias sofocleas completas, en orden de antigüedad, empezando por *Ayante* (págs. 537-546) y siguiendo con *Antígona* (págs. 546-557), *Electra* (págs. 557-566), *Edipo Rey* (págs. 567-579), *Edipo en Colono* (págs. 579-589), *Filoctetes* (págs. 589-597) y *Traquínias* (págs. 598-608). En cada obra se analizan los siguientes aspectos: materia de la tragedia y lugar del drama; coro, personajes y actores; estructura de la tragedia (siempre muy detallada en cada una de sus partes); fecha; iconografía y ediciones con notas o comentarios. El Anexo segundo (págs. 609-676) se ocupa de los *Fragmentos* de Sófocles, con un listado, en orden alfabético, de las ciento dieciséis obras de Sófocles identificadas hasta la fecha, con una descripción de su argumento y un análisis crítico de cada uno de estos títulos. El tercer Anexo (págs. 677-680) es un breve comentario sobre Sófocles como *helenótamo*, mientras que el cuarto (págs. 681-684) nos ofrece el texto completo del comentario de Dión de Prusa, discurso 52, a los tres *Filoctetes* de los tres grandes trágicos. Por último, el Anexo quinto (págs. 685-688) nos presenta una traducción completa de la anónima *Vida de Sófocles*, posiblemente compuesta hacia el s. I a. C., que es, al mismo tiempo, la principal fuente sobre la vida de nuestro autor, aunque algunos datos hay que manejarlos con cierto cuidado y prudencia. Esta *Vida* se completa con la *Noticia* que nos ofrece la *Suda* sobre Sófocles, que aquí se traduce al francés (p. 688).

El libro que comentamos se completa con una exhaustiva «Orientación bibliográfica» (págs. 689-740), estructurada en instrumentos bibliográficos generales, introducciones recientes a la tragedia griega, principales traducciones francesas, ediciones recientes del texto de Sófocles, diccionarios y concordancias, estudios generales y estudios particulares de cada tragedia. Viene a continuación el largo capítulo de las *Notas* a todo lo anterior (págs. 741-876), todas ellas llenas de sabiduría y erudición, muy aclaratorias de cada aspecto tratado en el libro, un *Léxico e Índice de nociones* (págs. 877-884), siempre muy útil, un *Índice de nombres propios* (págs. 885-896), un *Índice de pasajes citados* (págs. 897-900) y la correspondiente *Tabla de materias* (págs. 901-906).

Hasta aquí nuestra exposición del libro de J. Jouanna sobre Sófocles, que, sin lugar a dudas, será en adelante el libro de referencia sobre cualquier aspecto del dramaturgo

ateniense. Es una obra, como hemos dicho al principio, integral y exhaustiva, sin apenas erratas dignas de mención (una de ellas la hemos detectado en la pág. 134, hacia la mitad del último párrafo, donde se habla del *Edipo Rey* cuando se trata del *Edipo en Colono*). Quizá la objeción más importante que pudiéramos hacer a la obra del gran helenista francés concierne a la bibliografía, que, como dijimos, es abrumadoramente exhaustiva. Sin embargo, en lo que respecta a la labor de los helenistas españoles es muy parca y tacaña. Bien es verdad que se cita algún estudio general, como el dirigido por A. Pérez Jiménez (2004) o algún estudio particular, como el de I. Errandonea (para *Ayante* y *Antígona*), o el de J. Alsina (para *Edipo Rey*), o el de E. García Novo (para *Edipo en Colono*), o el de J. de la Villa (para *Filoctetes*), además del libro de J. M. Lucas de Dios sobre los *Fragmentos* (1983). Pero fuera de estas referencias, Jouanna se ha olvidado de las grandes monografías en español de nuestro dramaturgo, que nos parecen fundamentales. Una es el *Sófocles* de J. Lasso de la Vega, ed. por Ediciones Clásicas, Madrid, 2003, edición a cargo de un grupo de alumnos del gran helenista murciano, entre los que me encuentro. Como se podrá comprobar por este libro, Lasso de la Vega tuvo como autor preferido de sus investigaciones al trágico ateniense y que no figure ninguno de sus trabajos en el libro de Jouanna nos parece un lapsus poco elegante. Lo mismo diríamos del libro de L. Roig Lanzillota, *Sófocles. Bibliografía 1960-2004*, Ediciones El Almendro, Córdoba, 2007, y las Actas del Congreso Canariense sobre teatro de Sófocles, editadas por L. M. Pino Campos y otros, Ediciones Clásicas, Madrid, 2007, aunque en estos casos el año de publicación coincide con el de Jouanna y ello haría algo disculpable la ausencia en el libro del helenista francés. Pero si se echa una simple ojeada a esta *Bibliografía* podrá comprobarse que la aportación de la Filología Griega española a la investigación de Sófocles es impresionante, con nombres como M. Benavente, A. Tovar, J. Vara Donado, C. Millares, A. Carmona Vázquez, J. Cors, C. López Rodríguez, M. Fernández Galiano, F. Rodríguez Adrados, L. Gil Fernández, M. Rui Pérez, I. Calero Secall, A. Iriarte y yo mismo, por citar sólo alguno de los nombres más destacados. No obstante, lo dicho no empaña para nada una obra que consideramos indudablemente el libro de cabecera sobre Sófocles de ahora en adelante.